

En el dominio indochino

consecuencia general de que la guerrilla y la resistencia civil sostenidas por la razón y la moral ganan siempre, de que Goliath es el vencedor seguro de Sansón; una consecuencia doctrinal que podría ser funesta para muchos. Se olvida con demasiada frecuencia la otra cara del suceso: las guerrillas, los levantamientos, las revoluciones que han sido totalmente aplastadas. Bastaría con citar el nombre de Ernesto «Che» Guevara para recordarlo. La reconquista de Indochina hay que inscribirla históricamente en una sucesión de hechos del tipo de la Larga Marcha o de la epopeya de Sierra Maestra: pero cada uno de estos hechos comienza y termina en sí mismo y no es, en ningún caso, reproducible.

QUIZA las constantes que habría que tomar como aleccionadoras o básicas de estos acontecimientos son solamente unas cuantas. La primera es la de que los Estados Unidos no pueden emplear toda su fuerza militar en una sola acción imperial, porque se lo impide por una parte su propia sociedad —que fue la que obligó prácticamente a la retirada de tropas—; por otra, su obligación de no llegar más allá de las fronteras de seguridad de la otra nación atómica —la URSS—, y, en tercer término, por la opinión pública de los países aliados. No olvidemos que sin estas tres condiciones, y empleando a fondo su potencia, los Estados Unidos nunca hubieran perdido la guerra de Indochina.

LA segunda lección es la del valor de las alianzas. Ningún país pone en peligro su propia estabilidad por socorrer a un aliado: los Estados Unidos han dejado perecer los regímenes que ellos mismos establecieron antes que continuar la aventura prohibida por las razones anteriormente expuestas. No es una lección moderna: no olvidemos que el Pacto de Bagdad se rompió en el propio Bagdad por una revolución que los Estados Unidos no se arriesgaron a contener —a pesar de algunos gestos espectaculares— y que el pacto de la OTASE —que en febrero ha cumplido veinte años— fue fraguado exclusivamente por Foster Dulles para poder justificar la intromisión de los Estados Unidos en Indochina (tras la retirada francesa) y que no ha servido ni para eso ni para evitar la amputación de Pakistán recientemente.

LOS Estados Unidos, en este punto gravísimo de su quiebra exterior (y para una nación con base imperial, un desastre exterior lo es también interior que exige una renovación inmediata de tendencias: no olvidemos la España de 1898) tiene dos opciones visibles. Una de ellas es la de un fascismo (el nazismo alemán nació de una derrota militar, aunque mucho más dura, porque alcanzó su propio territorio) para el cual hay algunos candidatos muy calificados: Jackson, Goldwater, Reagan, no son sólo oradores ultra de carácter pintoresco, sino verdaderos políticos de primera calidad, de primera fila en su país, que pueden ser presidentes de los Estados Unidos en los turnos venideros, a partir del de 1976; hombres que cuentan con apoyos de masa, de capitales y de militares.

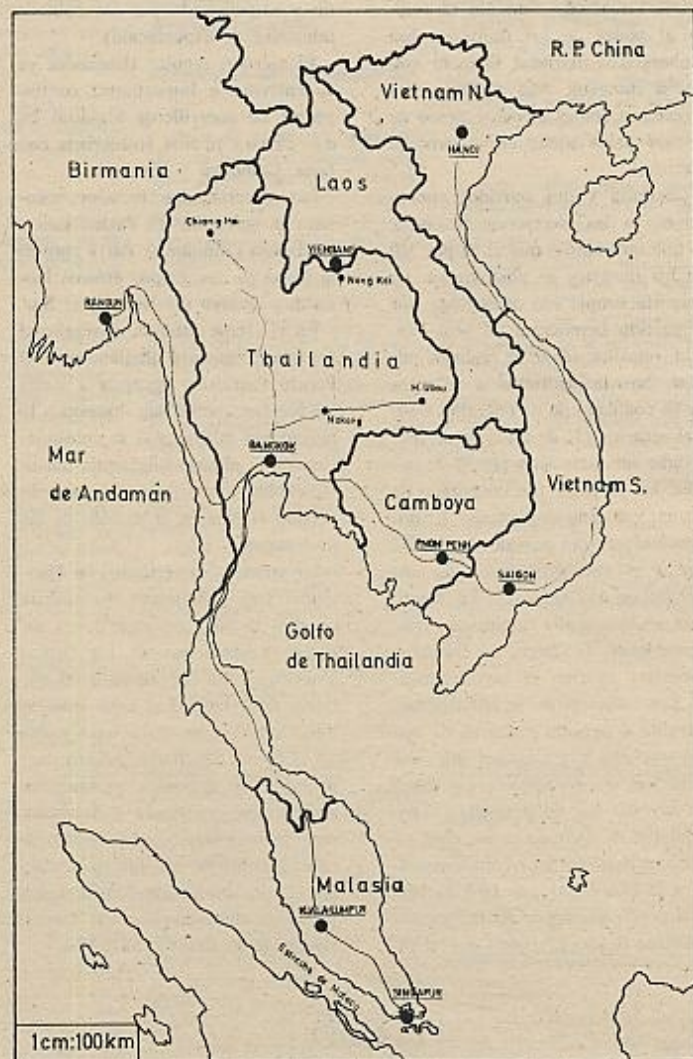
LA otra opción es la de recuperación de la imagen dibujada en la época de Roosevelt: la imagen de la lucha en nombre de la libertad y del antifascismo, y para ello hay también algunos políticos cualificados, aunque cuenten con menos apoyos —sobre todo, con una base popular—. Unos Estados Unidos que dejaran de apoyar a Pinochet y sus gentes, que sostuviesen la democracia en Portugal, que la apoyasen en Grecia o en otros países y que ofrecieran como alternativa al comunismo no la muralla y la tiranía, como ahora desde Truman, no el fascismo, sino la democracia, demostrarían haber comprendido bien la lección de Vietnam y de Camboya. Demostrarían que aceptaban un sentido realista de la historia, en lugar de situarse en la corriente contraria. Pero pesa demasiado todavía el esqueleto endurecido en los últimos treinta años —treinta años en la época de aceleración actual son muchísimos años—, pesa todavía mucho el orgullo-trumanesco introducido en la nación, en su capitalismo, en su ejército y en su masa conservadora como para creer que pueda adoptar ya esta solución. Está en vías de ello: el destronamiento de Nixon y Agnew fue un principio. Pero la máquina política americana es muy poco ágil. Necesita tiempo y desastres.

LA idea del aislacionismo que se predica ahora es difícil. Los Estados Unidos, repitámoslo, no son sólo su territorio, sino una serie de materias primas explotadas en pueblos colonizados (más o menos visiblemente), una serie de negocios internacionales y una manera de entendimiento con la URSS y con China. Aislados irían rápidamente a la pobreza y a una semiextinción.

EL momento ofrece peligros considerables. Ni un imperio ni un régimen caen sin intentar, aun a costa de todos los daños para sí mismos y para los demás, perseverar en los mismos errores que les han llevado a la decadencia. Es una desgracia, pero parece que es así. ■

● Thailandia está viviendo, por primera vez en su historia, una experiencia democrática no exenta de significación. El pueblo thai (pueblo «libre») es el único en Indochina que no ha conocido la colonización europea, pero no ha escapado a tiranías militares prolongadas ni, mucho menos, a la explotación sistemática del neocolonialismo nipo-americano.

viles, hasta llegar al binomio Thanom-Prapass, que impuso, durante quince años, la última y más sórdida fase de toda la dictadura militar. Pero en octubre de 1973, lo que nadie podía esperar —ni siquiera los directamente implicados en la revuelta— se produjo. El gobierno acusó a trece estudiantes detenidos, y reclamados por constantes manifestaciones de solidari-



Pese a la revolución democrática de 1932, en que la antiquísima monarquía del Siam hubo de hacerse «parlamentaria», la estructura social del país, oligárquica y feudalizante, se ha prolongado a través de las dictaduras posteriores, impuestas por un clan, principalmente mercantil, monopolizador de la riqueza nacional. Generales y mariscales (Phibum, Sarit, Sivara...) se sucedieron sin concesiones a los ci-

dad, de tramar un complot comunista para apoderarse del poder... La reacción estudiantil puso en las calles de Bangkok a más de doscientas mil personas que pedían el cese de la represión. La respuesta de los mariscales causó trescientos muertos. Pero el rey —cuyo retrato había sido exhibido por los manifestantes— consiguió la salida de los dictadores del país. Un nuevo primer ministro, Sanya Thammasak, ▶

rector de la Universidad de Bangkok, fue encargado del gobierno hasta la convocatoria de elecciones legislativas.

Desde entonces, hasta las elecciones del 26 de enero de 1975, los acontecimientos internos dejaron reflejar la profunda transformación que se operaba en, sobre todo, el sentir popular. No obstante las huelgas, los disturbios, los focos guerrilleros y las acusaciones de corrupción lanzadas sin piedad contra ministros y funcionarios, el papel equilibrador del rey —que contaba con la simpatía y el apoyo de los elementos progresistas de la nueva situación— impidió la vuelta al poder de los militares. Sin embargo, el mariscal Thanom volvió a Bangkok días antes de las elecciones con el evidente deseo de no ser parte ajena en el proceso electoral.

Cuarenta y dos partidos concurren a las elecciones de enero, lo que no impidió que el 60 por 100 de los inscritos se abstuvieran. La mayoría simple fue conseguida por el partido Demócrata de Seni Pramot, opositor tenaz al régimen militar. Pero la insuficiencia de votos de su coalición de demócratas y social-agrarios (71 de un total de 269) le hizo ser rechazado por la Asamblea. En su lugar fue encargado de formar gobierno su hermano, Krukkit Pramot, jefe del partido de Acción Social y miembro destacado del mundo de los negocios. La Asamblea, en una sesión tumultuosa (con acusaciones, incluidas, de fraude y soborno) ratificó el nombramiento. Los militares no se abstuvieron, durante el periodo electoral, de manifestar sus preferencias por una coalición de derechas..., así como de advertir que no aceptarían como ministro de Defensa a un civil.

El rechazo de Seni (sensiblemente a la izquierda) por la Asamblea y la confirmación de Krukkit parece ratificar la «supervisión» que el es-

tamento militar dispensa a los acontecimientos en Tailandia. Bien es verdad que Krukkit se apresuró a coincidir con su hermano en la intención de pedir la salida de las tropas americanas del suelo nacional. Pero, realmente, la nueva situación, con el posible aislamiento del resto de los regímenes de Indochina, exige optar por una política menos abiertamente pro-americana.

En definitiva, la situación no ha hecho más que estabilizar, en favor de los conservadores y el sector capitalista que representan, un desequilibrio que sigue afectando a la mayor parte del país (superpoblado y empobrecido por los cultivos selectivos de exportación).

El ejército regular tailandés ya se enfrenta a importantes contingentes de guerrilleros armados en diversos puntos fronterizos con Laos, Camboya y Birmania.

Las diversidades raciales acentúan la agitación. El Pathet Lao y el Malyan Communist Party apoyan la lucha de los grupos étnicos laosiano y malayo del Norte y el Sur.

En el frente interno, el semilegal partido comunista tailandés y el Frente Patriótico agrupan a todas las fuerzas que se han opuesto a la hegemonía militar y a la continuación de la alianza oligarquía nacional-capital extranjero, que ha convertido al país en el paraíso de las inversiones.

Los intereses americanos en Tailandia son gigantescos. Solamente en 1974 la cifra de inversiones directas e indirectas de las firmas americanas ha ascendido a 60 millones de dólares. Las leyes tailandesas sobre la inversión, elaboradas en la época del mariscal Sarit, han atraído los capitales extranjeros, americanos, japoneses y formosanos, principalmente. La investigación petrolífera, la industria eléctrica y los bienes de consumo son los polos de atracción más concurridos. ■ P. COSTA MORATA.

CAMBOYA

Pasado, presente, futuro

● Camboya fue independiente (de Francia) en enero de 1955; su Rey, Norodom Sihanuk, abdicó para convertirse en un político; como tal —aunque conservando el título de príncipe—, se llegó a convertir en Jefe de Estado —no Rey— en abril de 1960. Camboya se declaró neutral con respecto a la lucha en Indochina, neutralista en cuanto a la

política mundial. En virtud de ese neutralismo rompió relaciones con Estados Unidos (más bien las suspendió) para protestar de la invasión de Indochina (1965-1969). En 1970, Vietnam del Sur y Estados Unidos protestaron por la presencia de vietnamitas contrarios al Gobierno de Saigón en Camboya; alegaban que el Vietcong utilizaba

Camboya como «santuario» donde refugiarse. El 18 de marzo de 1970 se produjo un golpe contra Sihanuk, preparado por los servicios de Estados Unidos, que inmediatamente envió ayuda a los insurrectos, mientras apoyaba una invasión del territorio camboyano por tropas de Vietnam del Sur, en el mes de abril; el 1 de mayo, las tropas de los Estados Unidos invadieron el país. Lo más espectacular de esta operación fue su inutilidad: cuando se suponía encontrar inmensos depósitos de armas y cuarteles generales de Vietnam del Norte y del Vietcong, no se encontró nada.

Desde ese mismo momento comenzó la resistencia en Camboya. Según uno de sus principales miembros —Ieng Sary— estaba preparada desde mucho tiempo antes: estaba prevista la invasión americana. Siete años antes, en 1963, se habían formado ya las guerrillas y los grupos de resistentes. Y desde entonces estos luchadores futuros explicaban a la población rural y urbana los peligros que corría el país y trataban de crear la estructura de un ejército de liberación popular. Por eso inmediatamente después de la caída de Sihanuk funcionaba ya la guerrilla, y en 1972 se producían las primeras ofensivas de alto estilo del Ejército de Liberación. La escuela venía de mucho antes, de las luchas de liberación contra la ocupación francesa, y según los textos y las lecciones verbales de los guerrilleros, de siglos antes: de las sucesivas ocupaciones del te-

rritorio khmer (en fonética castellana debía escribirse jmer, pero aceptamos la forma habitual de escribirlo procedente de fuentes extranjeras para evitar la confusión) por siameses y anamitas. La adopción del viejo nombre del imperio khmer y la matización de «khmer rojo» era una significación nacionalista de recuperación de las tradiciones y al mismo tiempo de comunismo actual. El «khmer rojo» ha luchado por sí mismo, sin encuadrarse en la lucha general de Vietnam, y pretendía «preservar la política de independencia, de paz y de neutralidad contra las innumerables maniobras, complots, subversiones e intervenciones armadas de los imperialistas americanos», según proclamaban en 1973.

Sin embargo, en el primer manifiesto del Frente Unido Nacionalista de Camboya (FUNC) se habla de la coordinación de acciones con los pueblos vietnamita y laosiano. La cuestión de la unidad de Indochina, pese a las reservas y rivalidades tradicionales de las distintas etnias (más bien de distintas dinastías repartiéndose el territorio) estaba prevista desde 1951, en que se celebró el primer Congreso de Indochina. Ya antes, el gran creador de la revolución de Vietnam, Ho Chi Minh, había fundado el «Partido Comunista Indochino», en el que se concordaban formas mutuas de acción común para la lucha contra el extranjero. Este es un dato de mucha importancia: está planteada la unificación de toda



Los habitantes de la pequeña localidad de Poipet, próxima a la frontera tailandesa, muestran su júbilo por la llegada de los khmers rojos.